



Seix Barral Biblioteca Breve

Claudia Apablaza

La siembra de nubes

© 2025, Claudia Apablaza
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile.
Publicada mediante acuerdo con VicLit Agencia Literaria

ISBN: 978-956-6424-51-2
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2025-A-9379
Primera edición: noviembre de 2025

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen
Impreso en: CyC Impresores Ltda.

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del editor.

Queda expresamente prohibida la utilización
o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar
sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

*Para el Chano
y mi abuela Carmen*

*Aquel verano hubo tantas nubes que
no sabíamos qué hacer con ellas.*

MARY RUEFLE

*La crecida del invierno y de la savia
había arrastrado nuestras letras,
flechas y dibujos infantiles,
hasta perderlos en el laberinto para siempre
tragados por el remolino de las ramas.*

GONZALO MILLÁN

1. DISPERSIÓN DE SUSTANCIAS

No es infalible: la siembra de nubes requiere nubes de lluvia. No puede funcionar en cualquier otra formación de nubes. Además, las nubes sembradas pueden viajar a otro lugar sin causar precipitaciones en el lugar previsto. Por lo tanto, se puede discutir si la siembra de nubes es realmente efectiva para producir lluvia.

MALIK ET AL.

“Cloud Seeding; Its Prospects and Concerns in the Modern World-A Review”.

Eso fue lo primero que hice cuando me avisaron que había obtenido el puesto para investigar la técnica de la siembra de nubes en Banff: comenzar a preguntarme dónde dejar las pocas cosas que he alcanzado a juntar en este minúsculo departamento que arriendo desde hace cinco años en Santiago Centro: libros, ropa, muestras, frascos con agua, fotos de familiares, dibujos de las nubes, algunas carpetas con tierra pegada, bichos, incluso pequeñas piedras y hojas secas que recojo para analizar. Un edificio donde se usa el mínimo de recursos, no más de treinta metros cuadrados, para no malgastar luz, ni gas, ni agua, ni nada.

Irme lejos, estudiar alternativas para las sequías, demostrar que la siembra es tóxica y nos terminará matando de aquí a veinte años. Niños sin comida, ancianos aferrados a las murallas por la furia del sol en sus nuca, perros enjutos caminando con las tripas afuera, animales intentando perseguir unas gotas y lamiendo los últimos restos del rocío. Todos peleando a muerte por las últimas gotitas que caerán del cielo seguidas de meses de inundaciones constantes que se llevarán a los niños y los ancianos río abajo.

Miro la pared blanca, aún quedan rastros de los clavos que saqué ayer. Esa huella que no se borra, aunque ponga pasta muro en cada agujero. Yeso, cemento, yeso encima. Vuelvo a tomar un poco más de té, mas-tico una galleta de las que compré en el almacén de la esquina. Miel, avena y pedazos de cáscara de naranja incrustados, como pequeñas rocas aferrándose a mis dientes. Pienso en cómo todo se agolpa antes de un viaje. Todos los recuerdos, las imágenes, y cómo soy incapaz de procesarlos, de pasarlos por la cabeza y el corazón.

Voy a mi habitación. Saco del velador un cigarro de los que tengo escondidos. En el balcón lo enciendo, calo fuerte y por veinte segundos, no suelto el humo. Queda ahí dentro.

Me gusta esa sensación: dañarse un poco más cada vez, desaparecer desde adentro hasta hacerlo del todo. Lo apago con la punta del zapato. Lo escondo entre dos maceteros. Al lado, un frasco que siempre tengo para recolectar las lluvias y analizarlas. Un estruendo fuertísimo. No me acostumbro al ruido que sube desde el suelo hasta acá arriba. Piso 21. La parte más alta de este edificio, que elegí para estar más cerca de las nubes: negras, afiladas, nubes rosas que les encantan a las niñas, otras con forma de pequeñas estrellas o dragones.

Voy al celular y abro el mapa de las siembras de este mes. Aparecen quince puntos cercanos donde van a bombear. El mapa lo bajamos del Centro de Estudios de Zonas en Sequía. Tenemos que ir a tomar muestras cada semana. Me anoto con dos viajes: Isla de Maipo y

Pelequén. No creo que logre hacer más de dos visitas antes de irme.

*

Benito sabía desde el principio de nuestra relación que, si me ganaba el puesto para investigar, me iría. No imaginó que podría suceder tan pronto. Me decía que era muy difícil, porque no quieren a investigadoras mujeres. Las becas aún se las dan a los hombres, sobre todo en ciencias. Si postulas a algo de humanidades puede que te la den, pero en ciencias jamás, menos a mujeres que se acercan a sus cuarenta o tienen cuarenta, esas ávidas de tener hijos de cualquiera. Eso está en las estadísticas, están publicadas, míralas, me repetía siempre. Si te quieres ir a estudiar, tendrás que juntar el dinero e irte por las tuyas. Yo me imaginaba reuniendo miles de dólares para irme mientras sigo pagando miles de pesos en deudas que me atragantan desde que me levanto hasta llegar por la noche a la raíz de mis sueños.

Dalia también sabía que la beca nos separaría. Ella no podía viajar conmigo. Aunque yo quisiera, aunque ella también lo quisiera. Todo lo sentía como una pared entre ella y yo. Una muralla de fierro que ella ponía, piedras y alambres construidas a pulso para que lo nuestro no resultara del todo.

¿Cuánto te tardarás en volver?

Su casa.

Las plantas.

El trabajo.

La hermosa vista desde su habitación.
Esos colores rojizos cuando atardece.
¿Cuánto te tardarás en volver?
Su familia.
Las amigas.
Los pájaros que llegan a su ventana y la miran desafiante.
El miedo.
La ciudad que vivió desde niña.
La cordillera.
¿Cuánto te tardarás en volver?

*

Olvidarme de Dalia y el sexo tierno. Yo, una bestia sobre ella, una desquiciada sin ritmo que corta el aire con los movimientos del cuerpo. Ese pasado, cada vínculo que potencialmente va a destrozarme. *Delete* y anular sensaciones, recuerdos, vínculos.

Tú eres porno, yo una romántica, me decía siempre. ¿Por qué no te dejas acariciar? ¿Piensas que podría dañarte? Estar lejos de todo era siempre la salida.

*

Escucho bocinas todo el día, desde que despierto a las seis de la mañana. ¿Por dónde escapar si hay un incendio? ¿Vamos a morir todos aplastados? El sonido sube y alcanza más altura. Otros ruidos también viajan desde el suelo hasta acá y luego siguen: gritos, risas de niños que juegan, guitarras, duchas de los vecinos, ollas, sexo intenso, una escoba arrastrándose por el suelo, la campanilla del microondas, tríos que